

Subcomisión de Cultura – Grupo de Literatura

Selección de Poemas y Narraciones

mayo – octubre 2020

A casa

Propiedades largas de frente angosto y calle de tierra. Veredas flamantes, árboles jóvenes, casitas todas iguales “aptas para ser ampliadas”. La mía está ubicada justo en la mitad de la cuadra. A los costados viven mis vecinos, son mis amigos y vienen a todos mis cumpleaños.

Hacia el frente terrenos baldíos, ideal para escondites, canchitas de fútbol y bochas, campito de descanso para caballos. He visto a nenes grandes desobedientes, cruzarlo con gomeras.

Y es que mi casa queda justo donde se termina el pueblo.

Ventanas medianas de doble hoja gris de chapa. Paredes blanco inmaculadas con adornitos que cuelgan muy alto.

Cocina pequeña de azulejos celestes, mesada con vetas y pisos que mis padres no eligieron. Huele a tarde de invierno y leche chocolatada.

Patio gigante. Mi perra “Chicho” se encarga de molestar a la gallina que camina por el fondo y no simpatiza conmigo. Crecen sin miedo plantas, verduras y árboles frutales. El limonero no sabe que será añoso y seguirá produciendo... Contra la tapia, cerca de una de las habitaciones, se apoya el jazmín. Cuando abrimos la ventana entra primavera a toda la casa.

A veces me despierta el viento, y es que en la llanura de mi pueblo sopla muy fuerte. Otras veces el paso del tren: ¡cómo me gusta sentir el golpe de los vagones contra el metal de las vías!... La fábrica suena todo el día pero ya estamos acostumbrados. Sus sirenas son cultura popular. Eso, y que mi pueblo huele siempre a caramelo.

En las noches de verano el ruido del turbo grande de mi habitación apaga todos los sonidos y me relaja. Es poco más de mediados de los 80. En mi mesita de noche hay numerosas pulseras coloridas, de goma perfumada. Mañana sábado vamos a Misa y es una buena ocasión para volver a usarlas. A la vuelta veremos Alf con mi hermana.

Allí me transporto cada noche. Allí entro flotando para que todo se mantenga intacto. Allí voy cada vez que me cuesta conciliar el sueño. Pero ahora también. Es día de semana, media tarde y estoy cansada, plena pandemia del año 2020. La fiebre está bajando, voy sintiendo el alivio en mi cuerpo y mis pulmones. Voy flotando a mi cama de una plaza. Todo está como lo dejé, todo sigue intacto.

Eliana Bruno Gil

Mamut

En el cielo, la aurora boreal dibujaba variadas formas y colores, de manera caprichosa, en un movimiento loco e impredecible. Un viento helado, ululante, había levantado nieve y pedazos de hielo desde el suelo, golpeando impiadosamente nuestros lanudos cuerpos. Éramos un grupo de seis, apretujados unos contra otros buscando calor bajo el reparo de una loma, exhaustos de otra dura jornada en busca de alimento. Rascábamos el suelo, bajo el espeso manto de nieve, buscando algo comestible, alguna raíz que nos permitiera continuar otro día con vida. Nuestros preferidos, hierbas y pastos, otrora abundantes, habían pasado a ser casi inexistentes debido al avance continuo del bosque de coníferas que acidificaba el suelo, imposibilitando el crecimiento de cualquier tipo de forraje. Desesperados, únicamente nos quedaba desprender la corteza de algún abeto para aplacar el hambre que nos consumía. Nuestros antepasados habían migrado hacia el norte

escapando de la invasión pinácea, y habían podido sobrevivir tras disminuir progresivamente de tamaño de generación en generación, adaptándose, de esta manera, a la menor cantidad de pasturas disponibles. Ahora éramos un puñado de enanos. En esta degradación habíamos caído, arrastrando la gloria de haber sido gigantes, titanes de la era del hielo consumiendo a nuestro antojo toneladas de comida con los dos dedos de la trompa. Nos habían tenido mucho temor por nuestros enormes colmillos curvados y el formidable porte, que al solo apoyar el pie movía la tierra, y también debido a la mirada firme, que imponía respeto. Ahora todo había cambiado. Fuimos amos, ahora presas. Fuimos muchos, ahora los últimos de nuestra especie. Y hemos aprendido a escapar. Tanto aprendimos que nos exiliamos del continente en este páramo inhóspito que mira hacia el Mar Glacial Ártico. Y en este lugar he nacido, hace diez años, en el frío helado de la isla de Wrangel.

Aquel día nefasto habíamos escuchado gruñidos, más tarde figuras oscuras e indefinibles se habían dibujado enmarcadas en el rojo sol del atardecer, hasta finalmente, cuando la oscuridad le había ganado la periódica batalla a la luz, nos encontramos rodeados de golpe por grandes fieras. Nuestro grupo se dispersó, entró en pánico, y sin ideas claras, escapó sin rumbo. Pero yo, el benjamín, aislado en medio del tumulto, pude divisar las formas de mi familia, cada vez más borrosas, perderse en la desembocadura del río en el mar. Fue ahí, cuando el permafrost cedió y resbalaron todos, que miré como atrapados por la fuerte corriente perecieron ahogados en medio de la ventisca. Quedé solo, envuelto en una densa niebla, hasta que a mi trompa llegó un olor familiar. Cerca de mí, en medio de un claro, divisé el vapor del aliento entrecortado de un león de las cavernas. Corrí aterrado, con mis patas hundidas hasta las rodillas en la densa nieve. Y en cada movimiento, sentía como si caminara cargando la montaña más alta de la isla. De alguna manera, no recuerdo cómo, avancé y avancé, asustado, pensando continuamente en esos largos colmillos clavados en mi cuerpo. Para peor, mi largo pelaje no ayudaba, no era blanco como el oso, el zorro o el ánsar; era pardo, de tonalidad rojiza, fácil de detectar, aún a cortas distancias. Cerca del valle, todavía en terreno escarpado, el león finalmente me acorraló. A pesar de encontrar el suelo resbaladizo, se las ingenió para alcanzarme con un rápido zarpazo y provocarme una profunda herida en la pata derecha. Para él, ese movimiento tuvo su costo, porque al no controlar el empuje perdió el equilibrio, trastabillando, hasta rebotar contra las piedras y caer varios metros abajo, quedando su cuerpo inerte al pie de la montaña. Fue, recién después, al relajarme, que observé la

nieve a mi costado derecho manchada de rojo. Mi herida sangraba sin cesar, de a borbotones, impidiéndome caminar normalmente a causa del dolor. Me sobrevino un escalofrío, un miedo primitivo se apoderó de mí, y fui consciente del peligro que me acechaba. Aun así, continué la marcha como pude, cojeando en dirección al mar, fatigado, hasta que el mareo sobrevino y al calcular mal el paso, caí en una grieta. Ahí quedé, imposibilitado de levantarme, gimiendo, berreando como cuando era un bebé. Pasó un tiempo, corto y eterno, hasta que un grupo de humanos, vestidos con ornamentos y pieles, se me acercó. Me entregué sin oponer resistencia, dejándolos trabajar con sus hachas y cuchillos de piedra, aprovechándose del profundo tajo provocado por el león en mi gruesa piel, hasta faenar, inmisericordiosamente, la pata atrapada. Recién después pudieron extraerme de la grieta, y fue el más robusto de ellos, tras apoyar mi pierna mutilada sobre su hombro, quien ordenó a los demás que me enterraran en el permafrost para comerme de a trozos. Pero perdieron el rastro y no me encontraron... hasta milenios más tarde.

La madre miraba extrañada a su hijo de diez años, hipnotizado hacía largo rato, frente a la jaula construida en cristal. Cansada del largo viaje, maldecía la idea de haber ingresado a ese rústico museo siberiano. De pobre calefacción, el frío se le calaba en el cuerpo, en los huesos, y le partía la piel, mientras ansiosamente pensaba en irse al minúsculo bar-refugio atestado de turistas, para tomar alguna infusión que la hiciera entrar en calor y poder ver ese lejano lugar con otro color. Pero esperaba a su hijo, a su pequeño mamut, como ella le decía con ternura debido a su gran contextura física, más adecuada al rugby que al hockey, su deporte predilecto. Observó detenidamente a su crío, quién no daba señales de partir, indiferente al entorno, congelado su cuerpo frente al vidrio. No descifró qué veía él en ese elefante primitivo y peludo. No captó su mirada penetrante en mis atormentados ojos reflejados en los suyos. No entendió que fue, en ese preciso instante, cuando el niño comprendió con infinita tristeza a la impredecible madre que gobierna la vida en nuestro planeta, la naturaleza, tal cual es.

Sergio Carbia

Mil caras

El lugar no era feo, tampoco lindo. Una casona vieja ubicada en el boulevard principal de la ciudad. La puerta de entrada daba cuenta de tiempos mejores, las rejas conservaban su

forma arabesca, aunque la herrumbre había ganado la batalla. Las ventanas eran cuatro, con cortinas raídas por el tiempo, que acaso añoraban otros paisajes. Mirar por la ventana era su mayor desafío. Se veían los tibios rayos de sol y las tímidas gotas de lluvia. Caían las hojas en el otoño y crecían las flores de los lapachos en primavera. Verano, otoño, invierno, primavera y otra vez verano. La rutina diaria se repetía siguiendo el ritmo de las horas, primero la mañana, luego el mediodía, la añorada tarde y por fin la noche. Desayuno, almuerzo, merienda y cena y otra vez dormir...y quizás ahí, en ese refugio que brindaba la noche, los sueños cambiaban la rutina.

Y la calle se esfumaba en un mar azul, las casas se convertían en médanos de arena que brillaban intensamente, los autos tomaban las formas de olas que rugían al romper en la orilla y el techo de la habitación empapelado de musgos mutaba a un cielo con constelaciones, donde ella podía mirar La cruz del sur y el cinturón de Orión, en la infinita inmensidad del espacio, profundamente azul.

Quizás la almohada no era el problema, o quizás sí, pero cuando apoyaba su rostro en ella comenzaba una procesión de mil caras, caras que había visto a través de los cristales de la ventana, a las que les había inventado una vida, un nombre, una edad, una familia. Rostros que miraba por única vez o rostros que se sucedían días tras días. No importaba, para ella eran su conexión a la vida, una forma de existir a pesar de todo, tras el ventanal, viviendo a través de historias prestadas...

Y así podía estar horas o noches enteras sola ella y su almohada y las mil caras que la acompañaban.

Susana Dagatti

Les couleurs de Barbara

La vie de Barbara est très routinaire, la vie de Barbara est gris, mais elle a le pouvoir de changer. Elle est verte quand fait le jardin, orange quand le jour tombe ou rouge de temps en temps comme une bonne bouteille du vin. Elle est marron, très formelle avec ses dettes, sa maison est violette, le couleur de la tranquillité. Ses vêtements sont noirs, ce couleur lui va bien. Elle aime aller à la plage et regarder le bleu foncé de la mer et l'or du sable.

Mais elle a un grand problème; son entourage: que ne le plait pas, car il est jaune et acide
comme un citron, aller elle s'habille avec un imperméable transparent que personne
peut voir.

Et quand ce cauchemar passe elle prendra l'aereo pour aller n'importe où et se confondra
dans le blue clair du ciel et le blanc des nuages.

BIEN SUR!

Los colores de Barbara

La vida de Barbara es muy rutinaria, la vida de Barbara es gris. Pero ella tiene el poder
de cambiarla. Ella es verde cuando hace el jardín, naranja cuando el día cae, o roja de
tanto en tanto como una botella de vino. Ella es marrón, muy formal cuando paga las
dudas, su casa es violeta el color de la tranquilidad. Se viste de negro, ese color le queda
bien. Le gusta ir a la playa y mirar el azul del mar y el oro de la arena.
Pero ella tiene un gran problema; su entorno, que no le gusta nada ya que es amarillo y
ácido como un limón, entonces se rodea de un impermeable que nadie puede ver porque
es transparente.

Cuando pase esta pesadilla tomara un avión para ir no importa dónde y se confundirá con
el celeste del cielo y el blanco de las nubes.
YA VERAN!!

Barbara Grzeszczak Garcia

O todo importa

Y una noche Morfeo no llega a salvar insomnio inminente,
te percatas de la estasis y lo insignificante
y no obstante progresivamente percibes,
llega el alba de Febo con su tenue luz radiante.

Pereza vencida, realidades prepotentes,
asalta la duda existencial sobre lo importante,
lo esencial-la obra-ser o no ser-lo justificante.
¿ Fui, soy, seré un eslabón más o un nudo que obstruye ya
la telaraña, el tejido y arruina la obra?

Los sentimientos son superiores ¿y los sentires?
criaturas y seres héroes, santos y mártires

todas las respuestas y propuestas de la realidad,
con el tiempo, siempre es raro no tiendan a lo peor.

Entonces el futuro, ¿no es Esperanza mejor?

Si "no pienso", Cronos parece que a veces se acorta.
Con Fe, la vida cobra sentido y queda absorta.
Es entonces q`el conformismo no angustia sino que

... todo importa.

Guillermo Francisco Lynch

La muerte del padre

El calor aplastante de bs as se expandía en el aire denso y gris de la noche en las horas previas al anunciado diluvio.

Ivar miro los barrotes del balcón los huecos donde el aire atravesaba los apretados espacios y se descomponía en pequeños vahos de vapor. Asfixiado entre las rejas y la atmósfera nocturna sus ojos buscaron la calle el cemento pegajoso y hediondo, ahora vacío de humanidad hasta que la luz verde del semáforo cambió el guiño.

Entonces lo vio, sentado, en el taxi que se había detenido justo en la esquina, la luz blanca del foco iluminaba el asiento trasero.

Primero divisó el perfil exacto de la cabeza con las orejas pequeñas pegadas al cráneo y luego la piel blanca de sus manos.

Con tanta gente en el mundo solo él llevaba las manos de esa forma.

El hombre llevaba una mano recostada sobre la ventanilla del coche y la otra sosteniendo la cara, el ángulo de visión le ocultaba los rasgos pero no hacía falta Ivar los conocía de memoria.

y si el hombre se había mudado también a bs as y al fin había encontrado esa vida distinta tal vez comprendió que no era bueno estar solo y ahora venía a visitarlo, tal vez era eso tantos hombres encuentran el camino correcto al final de su vida.

Pero como saberlo si llevaba un año que no lo veía, diferencias irreconciliables le había dicho él y ahora a su madre se le daba el asunto de llamarlo a esas horas todas las noches para hablarle del final, del reencuentro que el padre planeó en sus últimos días y lo despierta siempre en la mejor parte del sueño.

M. Fernanda Lui

... Inmortales

Blanco y negro...
Kafka...Poe...
y un Borges...
Inmortalizados
En lo alto de una pared
Atrapados en el espacio
Dentro del marco
...dicen... por ahí
Que los retratos extraen
El alma...de la gente
Caigo en la cuenta
Tantas muertes
Para vivir
Hago silencio y recojo...
Todas las fotos.

M Fernanda Lui

Alas anchas

Érase una vez un sombrero que estaba en la esquina de un estante junto a otros tantos sombreros de la tienda del sombrerero. Este sombrero era algo especial, puntiagudo y con alas anchas, de un color negro como la noche con cielo estrellado, y como si hubiese pertenecido a un mago alguna vez. Tanto tiempo había pasado que el pobre estaba lleno de polvo, y se sentía olvidado en una esquina.

La tienda del sombrerero además de vender sombreros de todos los colores, tamaños, formas, estilos, textura, para damas, caballeros y niños, también vendía guantes y paraguas para todos los gustos.

Un día de lluvia se escuchó el repicar de la campanita de la puerta al abrirse. Alguien había entrado. La madera del piso crujía mientras unos pasos mojados se acercaban al mostrador. El dueño del lugar, que estaba sentado detrás del mostrador concentrado en su lectura, se sintió interrumpido. Entonces extendió su cuello por encima del mostrador para ver quién era. Frente a él, una niña pequeña y de aspecto humilde, se encontraba mirándolo a los ojos, totalmente empapada por la lluvia. Extendiendo sus brazos, apenas

unas monedas asomaban entre ambas manitos.- ¡Buen día señor! Me gustaría comprar un paraguas. -le dijo la niña.

El sombrerero contó las monedas y respondió que no le alcanzaban.

La pequeña dirigió su mirada al piso. Triste y tratando de esconder su desilusión se volvió a la salida con sus monedas en el bolsillo.

-¡Pero espera!- le dijo el hombre.-¡Creo que tengo algo para ti! ¡Algo que hace mucho que está aquí y que nadie lo quiere! Con lo que tienes te alcanza para comprarlo.

Se dirigió a buscar el sombrero olvidado y polvoriento de la esquina más alta de la tienda.
- ¡Aquí tienes! ¡Cuídalo!

La niña lo miró perpleja y le dijo al sombrerero -¿Qué haría con esto? ¡Si es viejo y en realidad quería un paraguas para no mojarme!

-Te serviré, niña. Llévatelo. Es algo especial. ¡Mágico! - le respondió el sombrerero.

Afuera la lluvia seguía cayendo copiosamente. La pequeña se colocó el sombrero y caminó a casa. De pronto sentía que no se mojaba más. Las alas anchas del sombrero la protegían de las gotas de lluvia. Contenta y cantando bajo la lluvia siguió su recorrido al hogar. Tiempo después, las nubes comenzaron a desaparecer lentamente, y un arco iris asomó entre ellas. El sol estaba saliendo, brillante, con rayos fuertes en pleno mediodía del verano. Y un aire fresco cubría su nuca y hombros. ¡El sombrero la protegía de los rayos del sol! Y no tenía más miedo de ponerse colorada como el verano anterior.

La niña estaba contenta. Había descubierto la magia de este particular sombrero olvidado de alas anchas, y del cual nunca se desprendería.

¿Acaso ya sabían magos, hechiceros y brujas, que era importante cuidarse de los rayos del sol, y por eso llevan siempre sombreros de alas anchas?

Cynthia Patricia Pilz

Antes de ti

Antes de ti dejé de pedirle milagros al cielo,

me cansé de entregarlo todo y quedarme sin nada
y fue así que la vida alrededor mío, a pesar de los sinsabores, sin mi noble sonrisa
continuaba...

Mientras caminaba por las calles de esta gran ciudad llena de gente, estaba yo vacía de
amor, llena de miedos...

Ya no quería reflejarme en otros ojos,
Ya no quería confiar mis manos a otras manos,
Ya no quería besar otros labios y probar de ellos el amargo néctar del desengaño

Antes de ti, mi frágil mundo tambaleaba
entre la soledad y la derrota,
entre la incredulidad y la angustia,
entre la falsa sonrisa y el llanto
Yo que siempre fui tan fuerte, estaba débil...
Y me encontraba cada día en el espejo pegando con cuidado los pedazos de mi alma
rota

Y luego apareciste tú y aunque no te buscaba,
te acomodaste en un rincón, te sentaste y dijiste no me voy!!!
Y mientras tanto yo, entre sorprendida y angustiada, te pedí que te marcharas, que no
era el mejor momento para que en mi vida te quedarás...

Cómo creer en el amor?
Porqué creer?
Me preguntaba en el espejo una y otra y otra vez
Si amor, amor, ya me cansé...
De soñar, de pensar, de planear,
de reír para después llorar...

Antes de ti, le pedí con todas mis fuerzas al cielo,
por favor ninguna prueba más, ninguna aventura más, ninguna promesa más...

Y luego otra vez allí estabas tú,
llenando mi desértico balcón de flores, pintando mis grises de bellos colores...
Y así cada día, día tras día apareciste tú, intentando sanar heridas que no provocaste

Tendré que irme algún día te dije,
Me iré contigo respondiste...
Y aquí estoy yo, otra vez frente al espejo preguntándole a mi alma

Cómo crees en el amor cuando no lo buscas, pero él te encuentra?

Fanny Rodríguez

La partida

Escuchaba los ruidos que venían de tu habitación, los ires y venires de tus pasos, la apertura y cierre del placard, el correr de los estantes, el cierre de las valijas. No quería que llegara este día. Aun cuando lo que más deseaba era tu felicidad, me costaba aceptar que el precio de ella fuera tu partida.

Como fuegos artificiales en un cielo oscuro, los recuerdos explotaban en mi mente y se sucedían como salvas de ametralladora. Tu mejilla caliente sobre la mía en el momento en que naciste, tus primeras palabras, tu primer día en el jardín, tu viaje de egresados, tu título universitario, tu constante alegría de vivir, tu amor, tu tan bien actuado papel de hijo y ahora, tu partida.

"Mamá, llevo la carta de ciudadanía? O te parece que sólo el pasaporte?", me trajiste de vuelta a la realidad.

_"Me parece que conviene dejarla acá, si en algún momento fuera necesaria ya veremos de enviártela", respondí con la garganta anudada mientras preparaba algo rápido para tomar. Bajaste arrastrando las dos maletas y nos acomodamos en las sillas mirándonos a los ojos mientras sorbíamos el café.

_"Vas a estar bien?" me preguntaste tomándome la mano. _"Obvio, esto es lo mejor que te podía pasar!, cómo no voy a estar contenta! Tu felicidad es la mía. Te extrañaré, pero hoy en día la comunicación ha avanzado muchísimo, así que estaremos en contacto constante. Y sabés que tenés todo mi apoyo en tus decisiones", respondí

tratando de esconder el dolor que me partía el pecho. Después de todo no mentía, lo dicho era real, sólo que escondía mis sentimientos para no empañar su alegría.

Salimos rápido hacia el aeropuerto. Quisite manejar vos para despedirte de las calles de Buenos Aires. No había tanto tránsito. Hiciste rápido los trámites y preferiste entrar lo antes posible al área de migraciones para acortar las despedidas. Fue un abrazo enorme, no quería desprenderme de vos, te abracé con todas mis fuerzas y hasta sentí los latidos de tu corazón. Intenté no llorar, pero no lo logré. Te dije que eran lágrimas de alegría y con una gran sonrisa te solté. Desapareciste después del molinete, sin darte vuelta y yo volví a casa, con el alma deshecha, con la sensación de haber sido cortada en dos. _"Todo va a estar bien, es un chico fuerte y muy capaz", me decía a mí misma.

Al llegar a casa recogí las tazas que habíamos dejado sin lavar por el apuro y pasé los dedos sobre el borde de la tuya. Era tu taza preferida. _"A nadie le permitiré usarla, quedará guardada hasta el día que venga de visita o, quizás decida regresar...", me dije.

Pasaron casi quince horas hasta que sonó el teléfono. : "Mamá! Acabo de llegar! Todo fue como lo esperaba, la recepción, el departamento, todo diez puntos. Ahora voy a descansar y hablamos en otro momento. Tengo que prepararme para comenzar a trabajar mañana, pero todo está bien"! Pasaron dos días de ansiedad hasta que recibí tu segunda llamada. Te escuché tan feliz que supe que las decisiones tomadas habían sido las correctas. Me senté en el sillón con una sensación de paz como nunca había sentido y me quedé dormida.

Me despertó un sacudón en el hombro. _"Mamá! Se hace tarde! En quince minutos hay que salir para el aeropuerto! Te quedaste dormida!" Sobresaltada salté de la cama, me vestí y preparé dos cafés. Bajaste las maletas. Bebimos mirándonos a los ojos.

Me tomaste la mano y me preguntaste si iba a estar bien. Quisiste manejar vos hasta el aeropuerto para despedirte de las calles de Buenos Aires. Yo ya lo sabía. Nos despedimos y regresé a casa sabiendo que todo iba a salir bien, que era el comienzo de tu nueva vida, que habías logrado lo que tanto ansiabas. Ahora sólo me restaba esperar quince horas para recibir tu primer llamado. Pero yo ya lo sabía, todo iba a andar bien.

Graciela F. Sanchez

Que locos, lindos...

Un soñador es un poco loco, imagina e inventa, sueña tantas cosas lindas...imagínense entonces muchos soñadores juntos compartiendo por años, creciendo en sueños pequeños y grandes, para dentro de un rato o al futuro...

Qué locos lindos, todos reunidos, algunos dormitando, otros despiertos, con una sonrisa o una mirada de niños...pre, pos ó pos-posguardia, pudimos juntarnos en varios lindos y locos sueños, qué recuerdos...un día de reyes junto a Melchor, Gaspar y Baltazar, de repente aparecieron Frutillita, el Burro de Shrek, el Gato con botas, Homero, Campanita y muchos resi-ayudantes; todos pasando por las salas, por cada cama y cuna del hospital, buscándolos a ellos: **los niños**; que con sus madres y padres, nos recibieron alegres y entusiasmados, con tanta energía y sonrisas, querían su regalito, pero más que nada estiraban sus manos para tocar a aquellos extraños visitantes; tocar las barbas y vestimentas de los reyes, ser levantados en los brazos de Frutillita ó Burro, caminar y saltar junto al Gato con botas, Homero y Campanita, con todos querían compartir un momento; y hubo tanta felicidad que hasta el pequeño Bautista (desde su cunita) quería prácticamente saltar y gritaba intentando hacerse entender, tantas miradas brillantes y grandes sonrisas en sus pequeños rostros nos transformaron comprendiéndolos desde el corazón también con nuestros ojos de niños, con el empuje para repetirlo un segundo año y por más...

Otros días de gran empeño y fructífero trabajo fueron los previos a fin de año, los soñadores consiguieron para los niños de las salas: pinceles, témperas, paletas improvisadas, vasitos con agua y pedacitos de papel de formas extrañas...que emoción

ver concentrados a los pequeños creadores de un arte imaginativo, inventando nuevas tonalidades; tan inmersos en sus sueños y anhelos que a una pequeña niña se le bajó la fiebre más rápido y una sonrisa se dibujó en su cara...surgieron: arco iris, Papá Noel, autos, pinceladas de colores, una casa, flores y tanta alegría plasmada en esa parte del rompecabezas que cada dibujo era, para formar juntos un maravilloso mundo: el mundo según los niños.

Qué locura hermosa compartir con los niños, una mesa saludable con dibujos de frutas gigantes, un día del niño con sorpresas y globos, una tarde con un payamédico invitado que nos ayudó a multiplicar sonrisas...regalar una mirada, una caricia, una canción, una palabra de aliento, unos minutos para jugar...

Los días a veces pasan lentos, otros más rápidos sin que uno los pueda retener; y cada persona es un ser diferente al de al lado, pero sin embargo llevamos algo (bastante, mucho) del niño que fuimos y seremos, en nuestras locuras traviesas y mágicos sueños, y en efecto así surgieron estos encuentros de sueños y soñadores, y con un granito cada uno fue formando parte de cada acción...y así tengo la esperanza de que continuarán ocurriendo tantas sonrisas y miradas, asombradas y transparentes de más niños y padres del hospital; agradecidos a los soñadores (residentes de pediatría) esos: locos, lindos.
Ana Luna (seudónimo de Lorena A Velásquez)

Nike

Ella entreabrió sus párpados y la delicada luz del amanecer se instaló en sus ojos. Ayer había sido el último día. Pedro logró terminar con el tiempo justo. —¡Mañana debo partir! No habrá excusas, sino, la llevo como esté —Parecía una amenaza, pensaste, aunque sabías que Aníbal era hombre de pocas palabras, que no presionaba en vano, que cumpliría lo que decía.

El retoque de brillo en las pestañas y el rosado de las mejillas te satisfizo. No estabas muy convencida con el cuello: era demasiado largo, con un collar de perlas grandes —te gustaban pequeñas, frágiles— y el escote profundo, redondo, más aún con esa blusa plisada que abultaba tu generoso pecho, la mitad desnudo. Pero, así era la obra del artista. —Además, nadie me preguntó —razonaste como para aceptar lo ocurrido. El material sí

era de tu agrado: roble colorado, del más resistente, que repelía el agua y podría resistir los embates de las tormentas. Quisiera las olas turquesas del golfo —pensabas— pero, según escuché, habrá que surcar el océano hacia el este y tal vez el sur también, con sus hielos —rememoraste, algo preocupada—. Aníbal es diestro, no debo temer — fue la conclusión—; una leve sonrisa estiró apenas tus labios rojos, Nadie se percató del gesto.

Seis hombres fornidos te engarzaron a la quilla. Por encima de la obra viva y apoyada en el bulbo de proa, te sentiste segura, muy a gusto. Luego amarraron las sogas a la cubierta para fijar en el lugar elegido tu estructura; al terminar, rodearon la embarcación para apreciar el trabajo: estabas contenta con la aventura que pronto comenzaría.

Participaste, como espectadora, de las despedidas: niños que abrazaban las piernas de los marineros, mujeres que secaban lágrimas con pañuelos de bordes de encaje — ¡Cómo me gustaría tener un cuello de puntillas como esas de los pañuelos! —te decías.

Las voces rudas ordenaron partir. El sonido ronco de la campana, vecina a la chimenea de la embarcación, dio la señal de levar ancla. Lentamente quedaba atrás la costa de La Habana. Una gota surcó tu mejilla pero nadie la observó. Allí habías nacido, de la manos de Pedro, aquel artista que trabajó casi dos años para crearte. Las velas cuadradas se desplegaban con la brisa salada y el vaivén del galeón adormeció tu ansiedad.

Mirabas el horizonte y el viento refrescaba tu frente del sol del mediodía. Recordabas la conversación de Aníbal con cuatro marineros, el día anterior:

—Capitán, ¿por qué es una mujer el mascarón? Sería mejor un guerrero, para que asuste a los piratas.

—Tú no sabes la leyenda, que constituye una verdad aceptada entre gentes de mar: la mujer es quien calma las tempestades y aminora las borrascas, evita los naufragios, domina mares turbulentos —y agregó—: Ya no creemos en las historias de sirenas que los antiguos contaban. Por eso llevamos nuestra protectora —respondió Aníbal con firmeza.

Los hombres lo miraron callados y uno de ellos apoyó su mano en tu pecho, al decir: —Serás Nike, la victoria en lengua griega, si el capitán lo acepta.

—Me parece un nombre apropiado —y se alejaron pensativos.

—Así que soy Nike —y tus ojos brillaron más que la espuma que lamía la popa.

Llegó la noche y el cielo se pintó con miles de lucecitas que la claridad de la media luna no opacaba. Así, luego amaneció y se repitió el ciclo varias veces.

En los atardeceres, los marinos solían entonar canciones, amparados en el sonido de las cuerdas de la guitarra, añorando algún amor. También oías el chocar de los vasos en los brindis con ron, que acompañaban al estallido de las risas.

Una noche, cierta voz recitó: *“La niña coronada por las antiguas olas, allí miraba con sus ojos derrotados; sabía que vivimos en una red remota de tiempo y agua y olas y sonidos y lluvia, sin saber si existimos o si somos su sueño”*. Te sentiste identificada con el poema.

Me hundo y luego vuelvo a renacer. No pueden las tormentas con mi rostro y su pena. Derivo mar adentro. Me tragan los abismos...los recuerdos son de agua y a veces nos salen por los ojos. Así era tu sentimiento, mientras el navío devoraba las distancias.

En el alba de un día sereno, el grito del vigía perturbó tu somnolencia, interrumpiendo el dormir de los navegantes:

—Barco a la vista, Capitán. Se acerca con rapidez —las palabras brotaban ásperas de la garganta del muchacho subido al palo mayor.

¿Avistas su bandera? — preguntó Aníbal y en el entrecejo se profundizó la arruga habitual.

—Casi, casi...sí, es negra con dos marcas blancas que la cruzan.

—Piratas, son piratas —vociferó el Capitán— A prepararse, mi gente. Estos no darán tregua. La embestida será brutal pero sabremos defendernos —ordenó—: Contramaestre: icense todas las velas, preparen los cañones.

Tú mirabas azorada al bergantín que parecía volar hacia tu proa. En el subir y bajar de las olas pudiste ver la larga melena enmarañada y los ojos brillantes del mascarón de proa que se avecinaba: llevaba un tridente en la diestra y una sonrisa bailaba en sus labios. El cuerpo fornido apresado en una cota de malla, armadura con aspecto de escamas. ¡Era imponente! ¿Será Poseidón, el dios de los mares?, te preguntaste, con ansiedad.

El cañoneo tupido hizo mella apenas en el flanco de la nave pirata que viró de repente, para aprestarse al abordaje. Allí se cruzaron las miradas: tú, Nike, embelesada por la arrogancia del mascarón de la nave bucanera y él, deslumbrado por tu hermosura.

Sin mediar sonidos, la decisión fue conjunta: “no permitiremos a estos bárbaros que nos destruyan”...Así tú ladeaste la estructura de la fragata y él acompañó tu giro hasta ponerse a tu lado.

Los tripulantes de ambas naves no sabían qué ocurría, hasta que sintieron que las embarcaciones surcaban las olas en la misma dirección, sin apuro y sin responder al mando de los hombres.

Graciela del Carmen Vidal